

# Una defensa apasionada de la Filosofía contemporánea

---

Carlos Villarino

(Universidad Central de Venezuela)

---



**apuntes**  
filosóficos

Vol. 29 No. 57

---

## Una defensa apasionada de la Filosofía contemporánea\*\*

### A passionate defense of contemporary philosophy

Carlos Villarino\*

(Universidad Central de Venezuela)

**Resumen:** Los enemigos tradicionales de la Filosofía son el dogmatismo religioso, la demagogia política, el relativismo poético-literario, el sincretismo teórico y el reduccionismo cientificista. La tensión entre la Filosofía y otras formas de conocimiento —real o pretendido— no es nueva, pero la Filosofía enfrenta hoy nuevas amenazas «endógenas». La Filosofía contemporánea tiene la tarea de pensar los asuntos que inquietan profundamente a los hombres y mujeres de nuestro tiempo: ¿qué debemos hacer frente al cambio climático? ¿Cómo debemos lidiar con los mecanismos tecnológicos de control social? ¿Qué concepción de humanidad hemos de tener en un mundo donde existen la clonación y la edición genética? ¿Cómo lidiar con el debilitamiento global de la noción de Verdad, tanto en el mundo político como en los medios de comunicación de masas? Esta conferencia caracteriza tanto los desafíos externos que enfrenta la Filosofía como los vicios internos que la corroen desde dentro.

*Palabras clave:* Dogmatismo, Demagogia, Relativismo, Sincretismo, Reduccionismo

**Abstract:** The traditional enemies of Philosophy are religious dogmatism, political demagoguery, poetic-literary relativism, theoretical syncretism and scientific reductionism. The tension between Philosophy and other forms of knowledge —real or pretended— is not new, but Philosophy today faces new "endogenous" threats. Contemporary philosophy has the task of thinking about the issues that deeply concern the men and women of our time: what should we do about climate change? How should we deal with the technological mechanisms of social control? What conception of humanity should we have in a world where cloning and genetic editing exist? How should we deal with the global weakening of the notion of Truth, both in the political world and in the mass media? This conference characterizes both the external challenges facing Philosophy and the internal vices that corrode it from within.

*Keywords:* Dogmatism, Demagoguery, Relativism, Syncretism, Reductionism

---

\*\* Conferencia Magistral del Departamento de Historia de la Filosofía, dictada el 28 de noviembre de 2019, en el aula 217 de la Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela, durante la *Semana de la Filosofía 2019*.

\* Licenciado en Psicología y licenciado en Filosofía, ambos títulos por la Universidad Central de Venezuela. Magister en Filosofía de la Universidad Simón Bolívar. Profesor del departamento de Historia de la Filosofía. Ganador del concurso de autores inéditos de Monte Ávila Editores 2005 (mención narrativa) con el libro *Menarquias y otros fluidos*. En el 2009 publicó un segundo libro de relatos con el sello Ediciones B, titulado: *El otro Infierno*. En 2010 resultó ganador del XI Premio de Investigación Filosófica Federico Riu con el libro *Lenguaje y conversación en la hermenéutica filosófica de Hans-Georg Gadamer*. En 2013 obtuvo una mención en la XIII edición del Concurso Transgenérico de la Sociedad de Amigos de la Cultura Urbana con el libro *La huella y el texto. El lugar del sujeto en la hermenéutica de Paul Ricoeur*.

Lo primero que podríamos preguntarnos es: ¿por qué una defensa de la Filosofía contemporánea? ¿Necesita la Filosofía, en general, y la contemporánea, en particular, una defensa? Y en el caso de que así lo requiera: ¿de quién o quiénes habría que defenderla? Me parece que la respuesta a las dos primeras preguntas es afirmativa: sí, la Filosofía contemporánea requiere de una defensa y, además, de una defensa vehemente en contra de sus tradicionales enemigos y en contra de las nuevas amenazas que se ciernen sobre ella.

Esos enemigos tradicionales no son otros que el dogmatismo religioso, la demagogia política, el relativismo poético-literario, el sincretismo teórico y el reduccionismo cientificista. Viejos adversarios que, cada uno desde su propia esfera de influencia, no solo pretende apropiarse del ámbito de reflexión propiamente filosófico sino que, además, lo pervierte hasta el extremo de desfigurarlos. Esta tensión entre la Filosofía y otras formas de conocimiento —real o pretendido— no es nueva dentro de su larga historia y, por lo tanto, no es exclusiva de la Filosofía contemporánea. No obstante, la Filosofía enfrenta hoy nuevas amenazas, amenazas que podemos calificar de «endógenas»: amenazas (o, también, debilidades) que provienen del interior de la propia actividad filosófica. Así que, una adecuada defensa requiere de una adecuada caracterización de los enemigos a los cuales hay que enfrentar.

El dogmatismo religioso nos invita a abrazar la Verdad, una verdad con la inicial en mayúsculas, pero esta es una verdad que debe ser creída a ciegas y propagada fanáticamente. El dogmatismo religioso nos invita a la obediencia y al temor piadoso. Frente al pretendido carácter incontrovertible de la verdad religiosa, la interrogación filosófica es recibida como un gesto de insolencia y temeridad. El dogmático, especialmente el religioso, pero no solo él, nos invita a amar la Verdad: pero nos exige un amor incondicional, irreflexivo, acrítico y dócil. Para ello, se apoya en un «principio de autoridad»: la autoridad de la tradición y la autoridad de los exegetas situados en una posición de acceso privilegiado a los misterios de la fe. No solo debemos creerles, porque ellos puedan captar algo que —aparentemente— nosotros no, sino que, además, debemos estarles agradecidos por habernos iluminado con este supuesto saber. El dogmático es intolerante y se ofende con extrema facilidad: se ofusca frente a cualquier pregunta que pueda proyectar una sombra de duda con respecto a la verdad de su fe. Se niega sistemáticamente a ofrecer argumentos en favor de sus tesis y apela, con demasiada facilidad, a la descalificación *ad hominem* para zanjar cualquier debate.

El demagogo, en cambio, no siente ningún interés especial por la verdad. La defenderá, si le es circunstancialmente útil para sus intereses personales o partidistas. La rechazará, la manipulará o la desfigurará, si es necesario, de cara a esos mismos intereses. El demagogo mantiene una relación pragmática con el lenguaje, no estando interesado en la capacidad que este pueda tener para facilitarnos una mejor comprensión de nosotros mismos y del mundo, y sí muy interesado en su capacidad para influir en nuestros intereses, sentimientos, deliberaciones, decisiones y acciones. El demagogo se mimetiza con su auditorio: lo seduce, lo mima, le dice lo que sabe (o lo que sospecha) que lo complacerá, pero siempre con una intención velada. El demagogo nos ofrece una carnada hecha con palabras cargadas de emotividad, de lugares comunes y de giros retóricos. Detrás de la carnada está siempre un anzuelo que el demagogo espera que se nos entierre en las fauces. La carnada es siempre un discurso que complace nuestros prejuicios y nuestros sesgos cognitivos, el anzuelo es siempre la adhesión militante con algún compromiso partidista que favorece, casi exclusivamente, al demagogo. A diferencia del dogmático, el demagogo rara vez se ofusca con sus adversarios, prefiere confundirlos, aturdirlos con una madeja de frases rebuscadas y grandilocuentes que desvíen la atención sobre lo que se le increpa y, si le resulta conveniente, no tiene prurito en desdecirse: pero jamás admitiendo su error sino mostrándose siempre como que, desde el principio, era justamente eso lo que quería decir. De este modo, tanto la audiencia, como su interlocutor, quedan confundidos e impotentes frente a la habilidad del demagogo para travestirse en los más diversos ropajes retóricos. En su persecución de la eficacia persuasiva todo le vale y su fin le justifica cualquier medio.

Por su parte, el esteta literario o poético, nos invita a contemplar la belleza del lenguaje en todo su esplendor y a solazarnos en su disfrute. La sofisticación del estilo, el ornato y la floritura expresiva adquieren para el esteta un valor superlativo: se convierten en un fin en sí mismo. Los pleonasmos, los oxímoron, las metalepsis, las sinécdoques, los retruécanos, las antífrasis, las metonimias y las metáforas serán siempre preferidas, si contribuyen al embellecimiento expresivo (o si nos deleitan con su sonoridad y su cadencia rítmica), indiferentemente de si, al deleitarnos, también nos confunden o nos inducen al error. Un pleonasma es una redundancia o una tautología, un oxímoron es una contradicción franca entre términos, una metalepsis es la inversión intencional de la causa por el efecto, una metonimia es la confusión intencional de una parte con el todo o del todo con una de sus partes, un retruécano es la simulación de un énfasis jugando con el orden de las palabras dentro de los enunciados, una antífrasis es definir algo como

lo contrario de lo que realmente es, una metonimia es la apelación a una cosa usando el nombre que le corresponde a otra. Todas estas son figuras retóricas: tropos estilísticos que embellecen la forma expresiva a costa del contenido de lo dicho. No importa si lo que decimos es confuso, si lo que escribimos es contradictorio, si lo que afirmamos —con una pose afectada— es falso, para el esteta poético lo que importa es que lo que se diga o lo que se escriba sea bello: bello, en el sentido de que nos deleite sensorialmente.

El ecléctico, por su parte, nos invita a abrazar «las verdades» en plural. Según él, todas las verdades (o todas las teorías) pueden reunirse en una síntesis sincrética en la que puedan cohabitar las más diversas y excluyentes doctrinas entre sí. El ecléctico ve en toda exigencia de rigor conceptual el germen del dogmatismo y del fascismo. Si exigimos definiciones claras es que somos unos rancios positivistas. Si demandamos coherencia argumentativa es que somos unos etnocentristas que pretendemos imponerle al resto de las culturas la racionalidad occidental. Si reclamamos evidencia a favor de lo que se predica es porque no hemos entendido aún que no hay «hechos» sino solo interpretaciones. Para el ecléctico, el rigor conceptual, la coherencia argumentativa y el respaldo empírico son los vicios de una *episteme* pasada de moda que huele a baúl de anticuario, a Monarquía absoluta, a Imperialismo académico, a Modernidad dieciochesca. En su mayoría, los defensores del sincretismo teórico son miembros de la comunidad de las Ciencias Sociales: algunos sociólogos, algunos antropólogos, algunos psicólogos sociales, algunos historiadores y algunos lingüistas que, tras reconocer el inmenso valor que tiene la pluralidad y la diversidad, han olvidado también el valor —aun mayor— que tiene la claridad y el orden. Muchas veces, y sin saberlo, estos científicos sociales se han vuelto herederos de Protágoras, y han llegado a la conclusión, peligrosa, de que todo es igualmente verdadero.

Finalmente, el reduccionista científicista nos invita a abandonar toda especulación teórica, toda indagación de posibilidades lógicas a través de contrafácticos y toda imaginación de escenarios racionales, para abocarnos, por entero y con exclusividad, al rigor metodológico de la ciencia natural, al dato empírico duro y a la matematización de nuestros postulados teóricos. Para el científicista, la búsqueda de la verdad se reduce una única ruta de indagación (la ruta de la ciencia natural) y la validez de sus resultados depende de un único procedimiento de legitimación (el método científico). Las consideraciones éticas, políticas, estéticas o metafísicas sobre sus hallazgos son, para el reduccionista, una pérdida de tiempo y de energía. Tiempo y energía que debería invertirse productivamente en la acumulación de más y mejor evidencia. A diferencia del

dogmático religioso, el cientificista no nos pide fe ciega, pero nos desalienta de toda especulación que se eleve, así sea un poco, por encima del dato empírico y del cálculo matemático. A diferencia del ecléctico teórico, el reduccionista no nos invita a creer en todas las doctrinas como si fueran igualmente verdaderas, pero nos invita a desechar prematuramente todo lo que no encaje dentro del modelo de la ciencia natural. Nos invita a renunciar a nuestra «subjetividad» en favor de la «objetividad» y de la «neutralidad» metodológica. Pero renunciar a nuestra subjetividad no es solo renunciar a nuestros prejuicios y sesgos cognitivos, es también renunciar a nuestra responsabilidad de pensar por nosotros mismos, de tomar decisiones deliberadas y de juzgar con nuestra propia razón tanto los contenidos como las implicaciones de los avances de la ciencia.

Todos estos adversarios tradicionales provienen de esferas de la vida humana que tienen un valor y una dignidad innegables, es decir: provienen de la religión, de la política, de la literatura, de las ciencias sociales y de las ciencias naturales. Cada una de estas esferas vitales tiene algo que decir sobre los asuntos más acuciantes y urgentes para las personas. No obstante, en el interior de cada una de estas comunidades se esconden enemigos de la racionalidad y enemigos de la verdad.

¿Cuáles son los enemigos endógenos que la Filosofía enfrenta en el presente? La actitud antirracionalista de cada uno de estos adversarios externos encuentra un eco al interior de la propia comunidad filosófica. Al dogmatismo religioso le puede suceder el dogmatismo filosófico, es decir, aquellos miembros de la comunidad filosófica que desarrollan una adherencia reverencial hacia algún importante pensador del pasado o del presente: estudiantes, profesores, licenciados o doctores en Filosofía que no solo son especialistas en la obra de un determinado pensador, sino que, además, se han ido convirtiendo, con el tiempo, en predicadores de la doctrina de ese pensador: como si todos los problemas relevantes pudiesen resumirse y agotarse en lo que dijo un único hombre o una única mujer en un determinado momento de la historia. Personas como estas son igual de intolerantes que el fanático religioso, y se muestran igual de impermeables al escrutinio crítico. Rechazan cualquier intento de poner en duda los postulados ontológicos, gnoseológicos, éticos o políticos profesados por su autor predilecto y, lo que es aún más grave, suelen ignorar (esto es: desconocer por completo) mucho de lo que el resto de la Filosofía tiene que decir sobre los mismos asuntos sobre los que se supone intenta reflexionar el dogmático filosófico. Y este es justamente el problema: el dogmático ha dejado de reflexionar y se limita a

repetir, como si fuera una letanía, las mismas frases una y otra vez: «...que los filósofos reinen en las ciudades o cuantos ahora se llaman reyes y dinastas practiquen noble y adecuadamente la filosofía, vengan a coincidir una cosa y otra, la filosofía y el poder político» (Platón)<sup>1</sup>; «“el ser” se dice en muchos sentidos pero en relación con una sola cosa y una sola naturaleza...» (Aristóteles)<sup>2</sup>; «“yo soy, yo existo”, es necesariamente verdadera, mientras la estoy pronunciando o concibiendo en mi espíritu» (Descartes)<sup>3</sup>, «Ni en el mundo, ni, en general, tampoco fuera del mundo, es posible pensar nada que pueda considerarse como bueno sin restricción, a no ser tan solo una buena voluntad» (Kant)<sup>4</sup>; «lo que es real es racional y lo que es racional es real» (Hegel)<sup>5</sup>; «las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes de una época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante» (Marx)<sup>6</sup>; «¿qué es entonces la verdad? Una huerte en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos...» (Nietzsche)<sup>7</sup>. Cada una de estas sentencias tiene un sentido, un valor y una relevancia en el contexto específico de la reflexión que cada uno de estos pensadores estaba desarrollando en su respectivo momento histórico, no obstante, para el dogmático filosófico estas frases se han convertido en mantras, en consignas o en epifanías incontrovertibles que se repiten una y otra vez. El vicio de razonamiento al que más propende el dogmático filosófico es la falacia *ad verecundiam* o apelación inapropiada a la autoridad. Todo lo importante, absolutamente todo, ya lo dijo su maestro. La consecuencia nefasta de esta actitud es la creciente ignorancia del dogmático no solo sobre otras áreas del saber (como la ciencia, la literatura o la política) sino, muy especialmente, sobre su propia área del saber y su propia tradición de pensamiento.

Al demagogo político le puede suceder el demagogo filosófico o, para ser más preciso, el demagogo filosófico le sirve complacientemente al demagogo político. Son aquellos miembros de la comunidad filosófica que usan el acervo intelectual de la Filosofía como forma de legitimación de intereses y objetivos ajenos o reñidos con la búsqueda de la verdad. Estos enemigos endógenos de la racionalidad no tienen interés alguno en la verdad de lo que afirman,

<sup>1</sup> PLATÓN. *La República*. Madrid, Alianza Editorial. 2003. Pág. 334 (473d).

<sup>2</sup> ARISTÓTELES. *Metafísica*. Madrid. Editorial Gredos. 2003. Pág. 162 (Γ 1003 b).

<sup>3</sup> DESCARTES, René. *Discurso del método y Meditaciones metafísicas*. Madrid. Editorial Tecnos. 2008. Pág. 155.

<sup>4</sup> KANT, Immanuel. *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Madrid. Editorial Tecnos. 2005. Pág. 69.

<sup>5</sup> HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich. *Filosofía del Derecho*. Caracas. Ediciones de la Biblioteca UCV. Pág. 51.

<sup>6</sup> MARX, Karl. *La ideología alemana*. Bogotá. Editorial Andreus. 1979. Pág. 48.

<sup>7</sup> NIETZSCHE, Friedrich. *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral y otros fragmentos...* Madrid. 2010. Pág. 28

les interesa más la conveniencia de tales o cuales autores, de tales o cuales sentencias para apuntalar una agenda política propia o compartida con alguien más. Pueden profesar simultáneamente, y sin sonrojarse, las doctrinas de Platón, Marx y Nietzsche, sin importar que esas doctrinas se contradigan entre sí. De Platón le fascinará la idea del filósofo rey, a Marx le comprará la idea de que la filosofía no debe tratar comprender la realidad sino que debe transformarla, y de Nietzsche abrazará la sentencia de que *«los filósofos auténticos dan órdenes y legislan (...) [porque] su voluntad de verdad es voluntad de poder»*<sup>8</sup>. Para este tipo de demagogos, la filosofía es un catálogo de citas que se consulta con un criterio pragmático: a veces convendrá ser idealista y otras veces convendrá ser empirista; en ocasiones será conveniente mostrarse libertario y en otras convendrá mostrarse conservador; si la ocasión lo amerita, se seguirá a Hobbes o, si no, se seguirá a Rousseau. Este tipo de estudiante —y de profesor— pretende conseguir aquello de lo que, según Aristóteles, se ufanaba Protágoras: *«hacer fuerte al argumento débil»*, según lo requiriera la discusión y el interés extrafilosófico al que esta sirva. Su actitud acomodaticia hace de la actividad filosófica un juego carente de valor y de seriedad. El demagogo se procura la compañía de legos a los que pueda seducir con sus juegos de palabras y sus citas de manual y evita, a toda costa, ninguna confrontación real en la que se vea forzado a tener que argumentar.

También, dentro de la comunidad filosófica, se da el equivalente del esteta literario: solo que el esteta filosófico entiende por expresión bella la expresión oscura y confusa. Son aquellos miembros de la comunidad filosófica que se esfuerzan sistemáticamente por no ser entendidos, por expresar sus ideas de la forma más alambicada posible. Los aforismos, las digresiones, los incisos dentro de incisos dentro de incisos... serán su forma predilecta de expresión. Confunden oscuridad expresiva con profundidad teórica y equivocidad con sabiduría. El esteta filosófico suele ser culto e instruido, pero hace un uso críptico de su conocimiento enciclopédico: atiborra sus intervenciones y sus textos de fragmentos de información yuxtapuesta que, en vez de contribuir a iluminar el contenido de sus afirmaciones, terminan desorientando aún más a sus lectores o interlocutores. El esteta filosófico es un amante de la pose, del silencio dramático, de la intensidad afectada mientras no para de espetar un galimatías tras otro. El esteta filosófico siempre dice más (o siempre dice menos) de lo que tendría que decir para comunicar sus ideas.

---

<sup>8</sup> NIETZSCHE, Friedrich. *Op. Cit.* Pp. 77 y 78.

No tiene prurito en afirmar lo que sabe que es falso, o lo que sospecha que lo es, si esas afirmaciones lo hacen parecer más enigmático y oracular. Sus digresiones pueden carecer de pertinencia, pero revisten a sus textos de un aura de erudición. Pero, sobre todo, al esteta filosófico le excita la floritura: si puede escribir como un místico del siglo XV lo hará, aunque sus expresiones estén llenas de arcaísmos y barbarismos. Las máximas conversacionales de Paul Grice —que ya Cicerón y Quintiliano habían anticipado hace dos mil años— son violadas, una y otra vez, sin reparo. El efecto que este tipo de estudiante y de profesor tiene dentro de la propia comunidad filosófica es nefasto: la gente interesada en aprender pierde el interés en lo que parece ser una suerte de trabalenguas sin sentido, y la gente que no está interesada en aprender llega a la conclusión de que cualquier palabrerío vale como reflexión filosófica.

El sincretismo filosófico casi siempre es un producto importado de las ciencias sociales: profesionales ya consolidados en sus respectivas áreas de formación sienten una imperiosa necesidad de legitimación y reivindicación de sus preconcepciones teóricas. Y nada mejor que un título en Filosofía para conseguirlo. Si soy un ecléctico y en mi carrera original aprendí que toda opinión es válida, por el hecho de ser la opinión de una persona, entonces, no importa cuánto se esfuerce mi profesor de Lógica en explicarme las leyes del pensamiento racional y los principios de validez formal de un argumento: yo seguiré creyendo que si alguien afirma A, y otra persona afirma no A, ambas afirmaciones son válidas e igualmente verdaderas. El ecléctico filosófico confunde el derecho democrático de opinar —sin censura previa ni coacción— con una garantía de validez y veracidad de la opinión expresada. Confunde también la crítica racional a los argumentos y a las ideas con ataques personales o muestras de insensibilidad humana. Si no soy ecléctico y te muestro que lo que estás diciendo es una contradicción (o una inconsecuencia lógica), entonces es que soy reaccionario, rígido y dogmático. Estos migrantes de las ciencias sociales, que buscan un lugar dentro de la Filosofía, suelen trabar amistad con nativos filosóficos que predicán —mas no practican— el relativismo, el nihilismo y el escepticismo extremo. Con ellos se sienten a gusto: porque allí donde todo vale nada importa realmente.

Finalmente, tenemos a cierto grupo de estudiantes y profesores que desearían, primero, no formar parte de la estructura administrativa de las escuelas de Filosofía ni de las facultades de Humanidades y, segundo, que se les asociara mejor con las ciencias físico-naturales o con las matemáticas. Suelen ser personas muy rigurosas y meticulosas, que se interesan en complejos e intrincados problemas formales, o que reflexionan sobre los alcances epistémicos de la actividad

científica. Mientras los eclécticos suelen ser inmigrantes que provienen de otras esferas del saber humanístico o de las ciencias sociales, el científico filósofo se percibe a sí mismo como un paria que no encaja en su comunidad de origen, y que no es del todo bien recibido en sus comunidades de destino. Su coherencia teórica, su rigor metodológico y su claridad expresiva son irreprochables, pero su problema reside en una suerte de miopía autoinducida: absortos como están en la contemplación de sus asuntos abstractos, carecen de interés y de relevancia como interlocutores valiosos en la discusión y comprensión de los urgentes y acuciantes problemas del resto de las personas. Su autoexclusión del resto de la comunidad filosófica, su hiperespecialización y su tibieza a la hora asumir posiciones firmes frente a las amenazas que enfrenta la Filosofía, los hace, sino enemigos, al menos, pobres aliados en la tarea de resguardar el acervo filosófico. A ellos se les pueden recitar los versos del poeta irlandés, William Yeats: *«Los mejores carecen de convicción, mientras los peores están llenos de intensidad apasionada...»*<sup>9</sup>

¿Cuál es, entonces, la actitud correcta para hacer filosofía contemporánea? En primer lugar: la humildad. Humildad frente a la inmensidad de la tarea. De lo que carece el dogmático es de esa humildad, está excesivamente confiado en la Verdad definitiva que cree haber encontrado, y abandona la labor de indagación. Cualquier problema filosófico, si genuinamente es un problema filosófico, no puede ser agotado ni por un único autor ni por una única corriente de pensamiento. Hacer filosofía contemporánea exige una preparación constante, preparación que demanda de nosotros una enorme labor de autodisciplinamiento. No se puede ser un buen filósofo, siendo perezoso y negligente con la propia formación. El filósofo contemporáneo debe ser un profesional competente en el dominio de los aspectos fundamentales de la Historia de su disciplina. Debe conocer a cabalidad las doctrinas y los pensadores importantes de cada período. Aunque no necesariamente sea un especialista en la obra de Platón o de Agustín de Hipona, debe estar adecuadamente informado sobre estos pensadores. Aunque no necesariamente deba ser un exégeta del pensamiento de Zenón de Elea o de Maquiavelo, debe poder reconocer su lugar dentro de la historia del pensamiento y a qué tipo de inquietudes intentaban responder, cada uno,

---

<sup>9</sup> *«The best lack all conviction, while the worst. Are full of passionate intensity»*. YEATS, William Butler. “*The Second Coming*”. En *The Collected Poems of W. B. Yeats*. Scribner Book Company. 1996.

en su momento. Taxativamente: no se puede hacer filosofía contemporánea de espaldas a la tradición e ignorando el acervo de pensamiento recogido en el pasado de la propia disciplina.

Pero también, no se puede hacer buena filosofía contemporánea si estamos encerrados dentro del círculo de nuestra comunidad de especialistas. Un buen filósofo contemporáneo debe estar informado sobre lo que está ocurriendo intelectualmente en el presente, tanto dentro como fuera de la comunidad filosófica. Esto no significa ninguna invitación a la filodoxia ni a la polimatía, no significa que el filósofo contemporáneo deba saberlo todo sobre todas las corrientes de pensamiento y sobre todas las disciplinas científicas y humanísticas. Semejante pretensión sería no solo absurda sino peligrosa. Atender tanto al presente como al pasado de la Filosofía, significa investigar en forma constante, aventurarse a leer, a estudiar y a aprender de otras fuentes de conocimiento, si ese conocimiento contribuye a comprender mejor los problemas que intentamos reflexionar. No se puede hacer Filosofía de la mente sin estar mínimamente informado en Neurociencias o en Psicología, no se puede hacer Filosofía del lenguaje sin ser competente en Lingüística y en Cibernética, no se puede hacer Filosofía política sin conocer el Derecho Internacional y la Politología. Sea cual sea el ámbito de interés en el que nos movamos, estaremos impelidos a aumentar nuestra base de conocimiento y en agudizar nuestros criterios de selección y jerarquización de tales contenidos. Esta exigencia de formación no es solo de cara a las demás ramas del saber científico y humanístico, es también, y muy especialmente, al interior de la propia comunidad filosófica: un filósofo analítico que jamás ha leído hermenéutica, un filósofo hermeneuta que jamás ha leído postestructuralismo, un filósofo postestructuralista que jamás ha leído pragmatismo, un filósofo pragmatista que jamás ha leído trascendentalismo es un filósofo miope e incompleto. Lejos quedaron los tiempos en las que un solo hombre o una sola mujer podían reunir sobre sí la totalidad o la mayoría del conocimiento de su época, ya no vivimos en el Renacimiento: pero la variedad, la complejidad y la amplitud del pensamiento y del conocimiento actual no nos eximen de la responsabilidad de estar adecuadamente informados.

Por el contrario, dada esa variedad, complejidad y amplitud del pensamiento y del conocimiento actual, es más urgente aún tener criterios claros para lidiar con todo ese volumen de información. Y acá salta a la vista una nueva exigencia para el que quiera dedicarse a la labor de hacer filosofía contemporánea: hay que manejar responsable y competentemente nuestra principal herramienta de trabajo, es decir, debemos ser usuarios calificados y diestros del lenguaje. No saber reconocer cuáles son las reglas que regulan el funcionamiento del lenguaje en

sus diferentes niveles (sintáctico, gramatical, semántico y pragmático) es garantía de que, más temprano que tarde, el desconocimiento de esas reglas entorpezca nuestra labor de reflexión y la comunicación a otros de esa labor. No se tiene que ser John Corcoran ni Stephen Toulmin para saber que si queremos pensar coherentemente, y no solamente jugar con las palabras, no podemos hacer cualquier afirmación ni de cualquier manera. Saber reconocer paralogismos y falacias es una destreza indispensable para lidiar, tanto con el alud de información disponible en el presente como con los demagogos, los estetas y los eclécticos propios y foráneos con los que nos encontraremos una y otra vez en el camino.

Finalmente, ¿qué es la Filosofía contemporánea? Es la filosofía que se ocupa de pensar los problemas urgentes y relevantes de nuestro tiempo, no es la filosofía que escriben los hombres y mujeres del presente, si esa filosofía que ellos escriben solo se limita a comentar o a repetir lo ya pensado por otros en el pasado. La filosofía contemporánea no es una filosofía de autores sino una filosofía de problemas: no es la filosofía aristotélica ni la filosofía kantiana ni la filosofía marxista, si por estas se entiende solo las doctrinas profesadas por Aristóteles, Kant o Marx. La Filosofía contemporánea tiene la tarea de pensar los asuntos que inquietan profundamente a los hombres y mujeres de nuestro tiempo: ¿qué debemos hacer frente al cambio climático? ¿Cómo debemos lidiar con los mecanismos de control social hipertecnologizados? ¿Cómo hemos de comportarnos en un mundo en el que la Inteligencia Artificial y la robótica están cambiando tanto las relaciones laborales como las relaciones sociales? ¿Qué concepción de humanidad hemos de tener en un tiempo en el que no solo se puede clonar un organismo a partir de otro sino que además se puede diseñar genéticamente a los individuos? ¿Cómo lidiar con el debilitamiento global de la noción de Verdad, tanto en el mundo político como en los medios de comunicación de masas? ¿Qué hacer con la inmensa mayoría de pobres y menesterosos en un orden global en el que la brecha entre los técnicamente competentes y los técnicamente incompetentes se abre cada vez más? ¿Cómo podemos contribuir para evitar la propagación de pseudociencias, de fundamentalismos religiosos, de extremismos políticos y de anarquismos anticivilizatorios? Esto no significa que los tradicionales problemas de la Filosofía (el Ser, la Realidad, el Conocimiento, la Bondad, la Belleza, la Justicia, la Libertad, el Sujeto, el Amor o la Muerte) hayan dejado de tener vigencia, muy por el contrario: siguen teniendo plena vigencia como problemas, lo que sí puede haber perdido vigencia o pertinencia son las respuestas que tradicionalmente se han ofrecido.

Mi invitación es a hacer Historia en la Filosofía y no solo historia de la Filosofía, los invito a pensar los problemas de su tiempo con el arsenal conceptual de su tiempo, atendiendo a las enseñanzas que nos ha legado la tradición pero sin quedarnos hipnotizados por esas mismas enseñanzas. Escribamos la Filosofía del presente para que las generaciones futuras puedan aprender como nosotros aprendimos a los pensadores del pasado, pensadores que, también, estaban pensando los problemas de su propio tiempo. Cierro con las palabras de un importantísimo filósofo contemporáneo venezolano, Juan Nuño, quien en 1994 (hace no mucho), nos advertía lo siguiente: «...los profesores de filosofía no solo viven de espaldas al mundo que les permite administrativamente la práctica continuada de su onanismo intelectual, sino que, imitadores del peor de los vicios castellanos, fingen despreciar todo cuanto ignoran: que no es poco»<sup>10</sup>. No vivamos de espaldas al mundo ni despreciemos todo cuanto ignoramos...

Muchas gracias.

---

<sup>10</sup> NUÑO, Juan. *Ética y cibernética*. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas. 1994. Pág. 17.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARISTÓTELES. *Metafísica*. Madrid. Editorial Gredos. 2003.
- DESCARTES, René. *Discurso del método y Meditaciones metafísicas*. Madrid. Editorial Tecnos. 2008.
- HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich. *Filosofía del Derecho*. Caracas. Ediciones de la Biblioteca UCV.
- KANT, Immanuel. *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Madrid. Editorial Tecnos. 2005.
- MARX, Karl. *La ideología alemana*. Bogotá. Editorial Andreus. 1979.
- NIETZSCHE, Friedrich. *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral y otros fragmentos...* Madrid. 2010.
- NUÑO, Juan. *Ética y cibernética*. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas. 1994.
- PLATÓN. *La República*. Madrid, Alianza Editorial. 2003.
- YEATS, William Butler. *The Collected Poems of W. B. Yeats*. Scribner Book Company. 1996.